

Lecciones de prostituta

Roger Bernat. Publicado en EL MUNDO del 23/12/05.

Ocurre que ves a una prostituta en la calle y le preguntas el precio: 30 euros un francés y 50 un completo. Es alta, morena y tiene la voz rasgada de los transexuales. Por 60 euros la invitas a subir a tu casa. Es venezolana. Ella me pregunta si soy catalán. Me sorprende el diminuto bolso que lleva colgado del hombro. Caminamos lentamente hasta mi casa. Al entrar me pregunta dónde está la cama. Le muestro la habitación y hacemos el amor. Ella dice venga córrete que ya llevamos casi media hora. Acabamos, se viste y se va.

Ocurre que tras despedirme pienso en la necesidad que tengo de dejarme llevar por los gatos callejeros, seguirlos, aprender de sus costumbres, mezclarme entre ellos. Saben que soy un intruso, un turista venido del cuarto primera. Estoy dispuesto a asumir el riesgo. El que es diferente está condenado a ser sacrificado, por eso nos encerramos en nuestros pequeños guetos e intentamos olvidar que hay otros más allá.

Ahora el Ayuntamiento de Barcelona, como todos los ayuntamientos que tienen suficiente dinero como para preocuparse por la decencia, quiere exterminar a los gatos callejeros. Se trata de limpiar las calles de la ciudad. Los trabajadores del Ayuntamiento han visto tantas películas americanas... Tienen que desaparecer los mendigos, los grafiteros y las prostitutas. Siguen las órdenes de ese dictador llamado Opinión Pública. Cientos de Cartas al Director, llamadas a la Guardia Urbana y artículos de los líderes de opinión reclaman una ciudad limpia y segura. Han visto tantos anuncios de higiene femenina... Todos saben que lo que desborda la expresión amable de lo civilizado no se doma, todos saben que tenemos un animalito dentro que ruge como las fieras del National Geographic, pero no se atreven a sacarlo a pasear y quieren meterlo en el zoo e ir a visitarlo una vez al año previo pago de diez euros con cincuenta.

Las Ramblas serán barridas y dejaremos de oír las maravillosas jergas de las prostitutas venezolanas y de los mendigos andaluces. En la Plaza Real echarán al gitano del sombrero cow-boy que toca la guitarra y cuenta bonitas historias mientras invita a jamón. Y las brigadas de limpieza del Ayuntamiento harán desaparecer las pintadas de los grafiteros bajo una capa de pintura de color crema. Pronto no habrá más sexo que el que se negocia en las barras de los bares, no habrá más música que la que nos obligan a escuchar las tiendas de moda y las paredes de la ciudad estarán forradas de anuncios del Corte Inglés. Sólo se tolera la contaminación acústica y visual si forma parte del gran negocio. Pero la cultura, si es un negocio, es sencillamente inocua.

Cuando tenía 14 ó 15 años, delante de la casa de mi madre, había una prostituta gitana que me daba conversación. Mientras los niños de mi clase estudiaban para el examen de la mañana, yo atendía a las lecciones de la prostituta. Cuando se acercaba algún cliente me apartaba con discreción y, si mi amiga se subía al coche, esperaba pacientemente a que volviera. Creo que casi todo lo que ahora sé me lo enseñó ella. Probablemente no sea mucho

pero fue ella quien me presentó al pequeño animalito que llevo dentro y me recomendó no esconderlo en el cuarto trasero. Fue ella la que me enseñó a poner una palabra detrás de otra y a escribir artículos como éste. E incluso, los días de poco trabajo, me dejaba tocarle los pechos.

Pruébenlo, lleven a sus hijos al campo del Barça si todavía quedan allí prostitutas. No los tutelen, déjenlos unas horas a solas. Con un poco de suerte, cuando sean mayores, no quieran ser el Alcalde de Barcelona. Con un poco de suerte, cuando sean mayores, tengan un poco más de respeto por la cultura.